

—0—
Tema para una novela trágica.

A LA SEÑORITA MARCELINA ALMEIDA.

Mi querida Marcelina:

Vengo, querida, por medio de la presente misiva á distraer un poco tu ánimo de los bruscos cumplimientos de nuestra fogosa *Telesfora*, que con su risita y su sorna, se ha propuesto tenerte sobre el tapiz de las conversaciones del día.

Pobre amiga! A ti se te antojó escribir una novela titulada—«*Por una fortuna una Cruz.*» Y ¿quien te hubiera dicho, cuando en tal cosa pensabas, que tendrías hoy razon para decirte contigo misma—«*por una novela una Cruz?*» Y qué cruz, querida mia, que cruz!

Es verdad mi buena Marcelina, que has andado un poco indiscreta, ó pagada de ti misma.—¿Porqué antes de librar á la publicidad tu novela, no hiciste una lectura de ella entre amigos y personas de consejo? ¿Cómo fuiste á dejarte engolosinar con los piropos del viejo Vate de Anteojos, cupido por excelencia, para quien una muger literata vale por dos? ¿Es posible, Marcelina, que á nuestra edad hemos de ser tan candidas? Quiera Dios, mi buena Marcelina, que los lindos anagramas de ese pícaro viejo, no se conviertan pronto en epigramas! En verdad, yo que te conozco, no te puedo perdonar ese pecado.

Pero te he dicho al empezar que venia á distraer tu ánimo de esas cosas, ó sean impertinencias de *Telesfora*, y veo que sin querer, me vuelvo machaca. Perdónamelo, Marcelina, y basta ya de digresiones.

A lo hecho pecho, amiga; tú no puedes ya evitar la crítica de *Telesfora*. Buena ó mala tu novela—lo que ella sea, puedes, si, decir á *Telesfora*—«*Haz otra mejor.*»

Y eso precisamente que tu puedes decirle á esa deschavetada criatura, es lo que yo vengo á aconsejarte que hagas—Si, Marcelina—tu debes responder esa crítica con otra obra.

Pero tal vez me dirás—«que diablos! pues que así no mas se escriben libros!...»

Si tal dices, yo te replicaré que tienes y no tienes razon.

Tienes razon, porque escribir libros cuesta mucho; para mí eso es mas difícil que construir una casa ó fabricar un reloj. No tienes razon, porque lo que te pido es escribir un libro y no una obra perfecta; y así; como escribiste—«*Por una fortuna una Cruz,*» bien puedes escribir otra novela.

Ademas tu tienes un talento tan lucido, un estilo tan elegante, una imaginación tan viváz; escribes con tanta facilidad y en fin, estás tan iniciada en los misterios de la novela, que está por demas decirte que serias demasiado modesta en responderme que no escribirás mas.

Soy muger, como tu, mi querida Marcelina; te conozco demasiado, por otra parte, y sé que no en valde habrá herido *Telesfora* tu amor propio.

Y después, querida, cuando tu sepas que no tendrás que calentarte mucho los cascos para buscar un argumento; cuando sepas que yo te puedo ofrecer todo prontito el canaya de la novela, te dirás con razon... esto es cosa hecha.

Veamos ¿que dices, Marcelina? ¿Te sientes con ánimo? Si, lo leo en tu modesta sonrisa. ¿Conque es cosa hecha?... Apuesto á que ya estás curiosa por saberlo todo?... Oyeme, pues; quiero darte una idea del asunto en cuestion... es patético, y sobre todo, es histórico. Oh! eso te lo garanto, por el cielo que me escucha.

Pon el oido atento, Marcelina, no pierdas una sola palabra.

Se trata de un casamiento que es hoy la desgracia de toda una familia. Pero cuidado, eh! no hay que hacer malos juicios; y Dios libre al lector de malos pensamientos! No se crea que voy á hablar de un casamiento que se haya roto, sino de uno que se acaba de hacer...

Ah! Marcelina, Marcelina, que historia, que peripecias, que trágico suceso!...

Te diré pues, sin mas rodeos, lo que representa el cuadro de que voy á hablarte—Figúrate, Marcelina, que al lado del hacha nupcial, se ha diseñado la tapa de un sepulcro, que manos hipócritas y alevosas venian preparando con la union de dos familias; (oh! es una cosa horrible!) una de ellas, muy respetable y muy rica, que habia hasta entonces sido tan feliz como podia desearlo; y la otra, pobre, pero ambiciosa hasta el crimen; y que, en dos de sus miembros á lo menos, se personifica, como la propia maldad, cubierta con la máscara de la virtud mas austera—Son estos dos personajes—el viejo padre del recién casado y el que hoy es dueño de una pobre víctima. Los demas miembros de esa familia, no los conozco, y por consiguiente los dejo en paz.

Te he dicho, Marcelina, que este argumento es histórico, y no sé si caerás en quienes puedan ser los personajes que quiero darte á conocer. Lo cierto es, que no hay cosa mas conocida, en nombre á lo menos, ya que en hechos recién ahora empezarán á serlo.

Dime ¿has presenciado alguna vez esos actos en que la verdadera caridad cristiana agrupa á nuestro pueblo, y que tan frecuentes son ya entre nosotros? Pues, hija mia, es imposible que allí no hayas tropezado con el viejo... Ya se vé... es tan religioso!... tan virtuoso!... tan notable figura entre las mas notables!...

Figúrate, Marcelina, que en hablando de—digo mal—dejándole hablar de esos santos principios, es un portento...

Ese sí que es capaz de escribir, no digo un libro, diez y veinte tambien sobre los principios religiosos y morales.

Es verdad que en cuanto á obras, es otra cosa—Un autor muy célebre ha dicho—que el mejor libro es el de los hechos del hombre—No podrá decir otro tanto el viejo santo y bueno de quien te estoy hablando. Menos creo que lo pueda decir el novio, pues... el hijo del viejo. Lo que si puedo asegurarte es que uno y otro son *tal para cual*, como dice el refrán.

Para abreviar esta narracion, Marcelina, es preciso que te diga que entre el viejo y el joven trataron de inertarse en el corazon de la familia que han hecho desgraciada y que los amaba tan entrañablemente, como hoy los detesta.

La familia engañada tenia una hija, la mas mimada y querida de todas las hijas; y en esa flor pura y tierna, se fijaron las miradas avaras del padre y del hijo.

Estoy por creer, Marcelina, que el viejo no se quedó con la niña, porque no podia... pero se decia para sí, que se la lleve el muchacho! que al fin y al cabo, él no la queria á la niña por linda, ni porque fuese buena, ni porque fuese un angel, sino, como algunas malas lenguas lo dicen, por que vale en oro lo que pesa.

¿Qué te parece, Marcelina, el viejito de los principios religiosos?...

¿Que dices del argumento que te voy dando?... Ya me parece que te veo afilando la pluma... que gusto...!

Pero aun estamos en el principio, y como mi carta se estiene demasiado, paro aquí, hasta otra vez... no me haré esperar.

Tuya affma.
Angela.

(Continuará)